

Mónica siente una emoción muy intensa.

Por lo que recordaba de su año Erasmus en París, aquello suponía encontrarse enamorada.

El rostro se le había aclarado y de él brotaba una luz blanca, como si fuera una bombilla.

Sus labios se habían vuelto más encarnados.

Sus miradas y sonrisas no podían resultar más dulces y encantadoras.

Todos los movimientos de su cuerpo parecían más gráciles que de costumbre, como si una misteriosa liviandad se hubiera apoderado de su cuerpo.

Su cuello, ya de por sí esbelto, parecía haberse alargado.

Y es que por efecto del deseo, mantenía una postura más erguida aún.

Se diría que ella misma se había convertido en una obra de arte por efecto del amor.

Habían salido del museo a comer algo y ahora se encontraban en el Retiro sentados sobre la hierba.

Manu le había hecho una corona de margaritas y se la había colocado sobre la cabeza.

A partir de ese momento sería su ama.

Había dicho maîtresse, con s sorda, que no quería decir amante, ya que ésa tenía sólo una s, sonora, y se pronunciaba como el silbido de una serpiente.

Había muchas más palabras así, como poisson y poison, pescado y veneno.

Y la s sola, sibilante y sibilina, representaba peligro.

En realidad se sentía como Eva tras haber mordido la manzana.

Si aquello era el pecado, estaba dispuesta a consagrarse a él en cuerpo y alma.

Al fin había logrado encontrar una espiritualidad acorde con sus ideas.

Para ella el absoluto representaba el amor con mayúsculas.

Se trataba de un modo de trascendencia, el único y verdadero.

En el arte también podía encontrarse esa misma razón de ser, del ser.

La creación con mayúsculas era un sinónimo de Dios.

La inmortalidad se lograba únicamente gracias a ambas facultades divinas.

Siempre había querido ser arquitecta porque deseaba que sus obras permanecieran en pie tras su muerte.

En realidad el amor, según Schopenhauer, era eso.

Leyendo su Metafísica del amor había aprendido la teoría, pero ahora, al fin, se encontraba realizando la obra maestra por excelencia.

Para ella, a partir de ahora, cada gesto, cada palabra, dejaría de ser banal.

La fuerza dominante y dominadora más poderosa del mundo se había apoderado de su espíritu.

Viéndole tan guapo, tierno, inteligente y sensible; se sentía como la heroína de una novela romántica.

La subjetividad verdadera, y no la que utilizaba el consumismo, la falsa, guiaba su voluntad.

Nadie más podría ocupar su lugar.

Ya no era intercambiable, sino única, como una obra de arte.

Mientras se encontrara en ese estado de gracia, de fecundidad extremada, no sería una mujer objeto de esas que se paseaban como zombis por las ciudades creyendo que llevar un modelito peculiar las convertiría en seres únicos.

Siempre se había resistido a caer en esa trampa del consumismo, creador de falsas subjetividades en base a la libertad de elección de objetos.

La verdadera libertad era la de encontrar al ser complementario, nuestra media naranja, y si no la vida pasaría muerta por nuestros cuerpos.

Esa fusión mística con el otro, gracias al primer beso, es lo que ahora siente.